

A. Segura

En el Cuarto Centenario del Nacimiento de Ercilla

I.—EVOCACION

Frente al mar, en una hora de recuerdos, abre un paréntesis la bulliciosa ciudad, para vivir unos instantes de silencio. Recogido el espíritu, sintiendo que poco a poco el corazón va quietando su latir, los ojos en la lejanía, los labios mudos; la imaginación va a hacer revivir, en esta hora de homenaje, una figura y unos hechos que cuatro siglos han admirado.

Con la suavidad del ensueño y la sencillez de las más íntimas evocaciones, el pasado retorna. Dulcemente, en la penumbra del recuerdo, se van perfilando y adquiriendo luminosidad, figuras legendarias, que con su relieve van poco a poco dándonos la sensación de lo vivo.

II.—LA SELVA

La selva se abre a nuestra vista. Gigantescos árboles forman una bruma húmeda que gotea en las enredaderas y cae sobre una espesa capa de yerbas. Enormes pehuenes y robles oscurecen y hacen misterioso el bosque. Un silencio grandioso hay en cada claro. (Es que la selva, al amanecer, ha vaciado su copa de trinos en cada rama). El oído más afinado, sin

embargo, percibiría el temblor de la vida que vibra en cada hoja.

La quietud se quiebra. Rumores sordos llenan el espacio. Pasos precipitados, ruidos de armas, de carreras, de voces de alarma, se van dilatando a través de los alerces gigantes; traspasan el bosque y hacen eco en la montaña que los dilata por el salvaje dominio de Arauco.

La selva ve pasar a sus hijos con una interrogación y una amenaza en la pupila parda. Las armas, ponen una nota trágica en el verde acariciador de los árboles.

Hacia las playas, que en sus espumas se beben el sol, los hombres cobrizos llevan su mirada curiosa. Por encima de los últimos breñales de la sierra, que baja hacia el mar, por entre las peñas, las actitudes en acecho y los ojos encendidos reflejan el asombro.

Unos barcos desconocidos, llenos de hombres blancos, hermosos como dioses, cubiertos con vestiduras de espejos, están vaciando en la playa su contenido.

Son bellos en su gallardía. Al pasar, montados en nerviosos animales, se estremece la tierra...

La montaña, la selva, la cordillera, saben pronto el prodigio. La noticia vuela de tribu a tribu, llevada por los mensajeros de pie ágil que ha criado la selva.

Un rumor de armas, de carreras, hace temblar el espacio. Los blancos avanzan dejando una huella de sangre, de esa sangre hija de la selva y de la sierra. Disponen del rayo, que hasta ese momento fué sólo esgrimido por Pillán. Las flechas que llevaban la muerte, se quiebran ahora sin herir esos pechos brillantes. Las picas, que ayudó a forjar el mar, al pulir la piedra acerada, se rompen en la vana empresa de herir.

El asombro recorre como una oleada fría del mar a la sierra.

¿Qué armas podrán servir en la defensa de la tierra, de la mujer, del hijo? Los dioses y los espíritus tutelares de la selva son impotentes ante el prodigio que obran los hombres blancos.

Pero hay un soplo indomable en el corazón del indio que le ha inyectado la selva. Contra él nada pueden las espadas y los rayos que siembran la muerte. Los bosques y las montañas de Arauco sienten que pasa su hálito bravío.

III.—EL COMBATE

El indio marcha al combate. Va a oponer su temeridad, al plomo que siega vidas y a las espadas tajantes. En la clara mañana, suena viril el chivateo, y las nubes de polvo que hacen palidecer el sol, anuncian el choque sangriento.

Los hombres blancos derraman la muerte. El sacrificio se consuma. Las carnes jóvenes, tintas en sangre, palpitan sobre las yerbas, mientras el eco va llevando de montaña en montaña la noticia del martirio . . .

Los fuertes que probó la selva al frente de las columnas, constantemente deshechas y constantemente renovadas. En vano el valor; los jinetes en sus arremetidas diezman la indiada y los golpes de sus lanzas o el relampagueo de las espadas anuncian nuevas vidas sacrificadas.

El choque es horroroso: la maza golpea a veces con acierto las duras corazas; los lazos manejados a la distancia, arrojan a tierra a los jinetes; las piedras que lanzan las hondas, destrazan cascos y cráneos. Al bullicio del indio se une el estampido de los cañones, el relincho de los caballos, las voces de dolor.

Es el himno que anuncia a la selva araucana la penetración del blanco que dice traer la civilización.

IV.—LA VENGANZA

La selva tiene un hechizo misterioso que bien conocen los indios. Es como una mujer que se deja conquistar después de porfiada lucha para adueñarse, al fin, del espíritu del conquistador.

El sortilegio obra esta vez, como siempre, su encanto.

La selva ha sido vencida. Pero al final resultará ella vencedora.

El indio ha defendido su tierra, que es su hogar, su mujer, su hijo; si él la ha trabajado, no comprende que haya quién se la quiera arrebatarse. Fué más débil y debe perecer. La ruca, la mujer, el hijo, la sierra, el torrente, la nevera, todo está ya conquistado. Su vigor, su porfía no lo han podido impedir.

Sin embargo, Arauco, el Alma-madre en que se han fundido los muertos en los combates, el conjunto de los dolores

del aborígen, el haz de tantas ilusiones perdidas, ha sido captada por la selva y ella va a tomar la venganza.

El vientre de las mujeres se estremece con el anuncio de nuevas vidas. Son vidas en que el invasor ha dejado junto a la madre indígena un trozo de sí mismo. Las dos sangres se han unido en una procreación salvaje.

El guerrero que vino atraído por la fiebre del oro, va a volver sin él a su tierra y sin una parte de su propia vida que le arrebató la selva. En cambio ella le dió honor, gloria; lo transformó de aventurero en héroe.

Pero ésta no es toda la venganza. Algo del espíritu del conquistador quedó entre sus matorrales o entre sus copihues incendiados. La bella juventud, la de las grandes hazañas, la de los grandes sueños, ha sido vivida entre esos bosques de pehuenes. Después de conquistados la gloria y el oro, ¿dónde ha quedado el alma?... En la vejez, en medio del corro de los pequeños, allá en la casa solariega, el viejo soldado está encantando la fantasía de los nietos con la narración de esas hazañas gigantescas. Los ojos seniles, fijos en las cabecitas rubias, al mismo tiempo que brillan con el fulgor de los recuerdos, dejan salir una a una las lágrimas. El alma se quedó allá lejos en la selva araucana, donde se quedó la juventud.

Pero la más bella venganza de esta selva hechizada es otra.

Uno de esos invasores, es un espíritu sensible, nutrido en Homero, Virgilio y el Ariosto; que tiene algo de eterno en la pupila azul, y un vigor ibérico en la barba rizada. Es un poeta.

Atónito ha visto luchar al indio, lo ha visto sufrir el martirio «no en un lecho de rosas»; sabe que el cacique ha recibido la muerte afrentosa:

sin que labio ni ceja retorciese

y que en el suplicio horroroso,

*de cien flechas quedó pasado el pecho
por do aquel grande espíritu echó fuera,
que por menos heridas no cupiera.*

Ha oído temblando, decir a la india aquellas palabras que

habrían estremecido a Esparta, al arrojarle al cacique preso, el hijo de su feroz amor:

*Toma, toma tu hijo, que era el nudo
con que el lícito amor me había ligado;
que el sensible dolor y golpe agudo
estos fértiles pechos han secado:
cría, críale tú, que ese membrudo
cuerpo, en sexo de hembra se ha trocado;
que yo no quiero título de madre
del hijo infame del infame padre.*

Y ante tanta grandeza se ha inclinado. Su espíritu, su fantasía, son desde ese momento de la selva. El embrujamiento se ha realizado. El cantor de la gloria de Arauco, el eternizador del sacrificio, va a salir de los mismos enemigos. Se llama Ercilla.

La Selva está vengada.

V.—EL POETA

El campamento reposa. En una tienda perdida entre las otras, se divisa una débil luz. Hay en ella un soldado cuyas armas forman montón cerca del asiento en que descansa. Escribía, talvez, porque en la superficie que le sirve de mesa, hay una pluma de ave, varios trozos de papel y cuero y un pequeño tiesto con un líquido oscuro.

Las armas, en la penumbra, se ven salpicadas de sangre.

La barba rizada descansa en una mano, mientras la mirada, fija en los papeles, parece estar muy lejos, en otras tierras.

Los años de la infancia acuden a la mente del soldado, envueltos en la caricia del recuerdo materno.

Sus años en la Corte, al servicio de aquel príncipe que ahora es el rey, y a quien debe el conocimiento de tantas cosas. Sus lecturas: su Homero, su Virgilio, leídos en los momentos de ocio, y todo aquel aprendizaje de artes y ciencias con que ilustró su mente al mismo tiempo que el amo.

En seguida, en una procesión de galas, los viajes por tierras extranjeras, el conocimiento de otros espíritus y de otras sensibilidades:

Barcelona, impregnada del alma del renacimiento, con el recuerdo vivo aún del inefable Ausias March; Génova, Milán, Mantua, las claras ciudades de Italia, donde el arte estallaba en la poesía del Ariosto, en los lienzos de Leonardo, en los mármoles de Miguel Angel; Alemania, reposada y fría frente a Roma; Flandes con todo el color de sus tapices y la égloga de sus molinos.

La pompa de las fiestas con que Bruselas festeja al príncipe que va a realizar el sueño del César, Carlos V, brillo, riqueza, juventud, hermosura, donde quizás el paje de Felipe dejó prendida alguna ilusión.

Después, la travesía a Inglaterra, en aquella flota de ochenta barcos, en que el receloso príncipe trasladaba su séquito para contraer matrimonio con María Tudor.

El recuerdo está vivo, porque es de ayer. Deslumbrado, ve atravesar por las calles de la nebulosa ciudad, camino de la torre de Londres, los carros descubiertos en que va una considerable cantidad de barras de oro y plata que ha llevado Alderete del nuevo mundo, y que el enigmático príncipe ha destinado a su real consorte como regalo de bodas. Participa en el asombro de los habitantes de Londres, y ahora, en esta tienda de campaña, en medio de la selva, que según la leyenda, producía ese oro, comprende y siente profundamente las palabras de Pedro de Valdivia que había dicho que ese oro había costado, cada grano, muchas gotas de sudor a los conquistadores y quién sabe cuánta sangre y cuántas vidas a los infelices indios.

Con la ambición de los veintidós años, ¿fue acaso éste el verdadero móvil que lo trajo a Chile?

Recuerda también el encanto de la palabra cálida de Jerónimo de Alderete, que refería al corrillo de españoles que formaban el séquito del príncipe, las guerras de Arauco. La pintura viva de las bellezas de estas tierras, los sufrimientos de la conquista, el valor indomable de los araucanos y el vasto campo de hazañas, de glorias, de riquezas, que aquí se abría a la ambición, al heroísmo y a la pasión por las aventuras lejanas de los castellanos; se fueron grabando en su memoria, envueltos en el calor de la palabra sugerente de Alderete.

Las pupilas azules brillan ante estos recuerdos y al posarlas en los papeles, donde se perfilan los versos de una octava, su mente reviste las fiestas inglesas, las representaciones dra-

máticas en que su fantasía encuentra otra vez el milagro griego en los personajes de Sófocles.

¿Heroísmo? ¿Ambición? ¿Fantasía de poeta? Un día pide al príncipe le permita partir con el viejo aventurero. Y una era de hierro y de penalidades empieza para el paje que ya se siente un hombre.

Los recuerdos están frescos. Con sus pocos libros, la travesía del Atlántico se hace más breve. La desgracia de Taboga, donde deja a su jefe sepultado; la llegada al Perú; el desembarco en Chile. Y después, en un desfile grandioso, pasan por el silencio de esta tienda, débilmente alumbrada, días de fatiga, luchas sangrientas, imágenes de hombres salvajes que llevan el heroísmo en las venas y son el granito que dará origen a una raza bravía.

En el ensueño precursor del reposo, el soldado revive esos días de batalla. Ve a sus compañeros transformarse en héroes capaces de pasar al bronce de la eternidad. Tiene viva en el recuerdo la figura gigantesca de ese Juan Morán de la Cerda, que, transpasado el ojo por una flecha, se arranca, como un nuevo Polifemo, con su propia mano, el ojo que pende sobre su rostro para seguir peleando. Y junto a éste, el gesto de los indios que desafían la muerte, serenos, como los robles de sus bosques.

Poco a poco el soldado ha ido cerrando los ojos. El cansancio de la lucha del día, el peso de tanto recuerdo heroico, lo aduermen lentamente.

En la humedad de la noche, apenas se divisa desde lejos, la luz de la tienda que titila y se apaga.

V I.—EL POEMA

Han pasado muchos años. El siglo XVI está en sus postrimerías.

En un barrio de Madrid, vive un viejo amargado que desempeña un cargo en una de las bibliotecas. Su cabeza cana, apenas si tiene un resabio de lo que fué hace cuarenta años.

Durante treinta, el antiguo amor de su vida, el pueblo que él vió nacer y que se adueñó de su fantasía de poeta, ha vivido con él, lo ha sentido cerca de su corazón en la alegría de los triunfos, en el orgullo de los honores, en la tristeza gris de los sinsabores.

Treinta años de cariño continuado, en la obra de cantar las hazañas de españoles e indios, no han hecho sino ligar eternamente el hombre al pueblo que cantara.

Ha conocido muchos honores, ha alcanzado riquezas, las ha perdido, y ahora, el despreciador del oro, el que prefirió la gloria al dinero, vive sórdidamente como prestamista.

¿Acaso el deslumbramiento que le produjeron las barras de oro en Londres, no sería el anuncio de esta pasión que en la vejez llena parte de su actividad?

Porque con cariño de avaro ha ido elaborando sus estrofas a través de treinta años; comprimiendo la memoria, estrujando el corazón, hasta revivir y poner en acción ese mundo de la juventud. Mundo eternizado en *La Araucana*.

Ni un rencor ha revivido. Su verso vengador, altivo y sobrio, vació el poco odio que tenía y quedó limpio. El *joven capitán acelerado* no volvió a turbar el gesto del poeta.

En cambio, los hechos brillantes de ambos pueblos, han sentido el sople de eternidad que les infundió.

Este cantar las hazañas de los guerreros en la hora sentimental de la vejez; este diario soñar en las proezas de antaño, para hacer el verso eternizador, ha gastado el corazón del guerrero. Su poesía es la del cascabel, cuyo trino alegre está hecho por dentro con las quejas doloridas de su corazón, que es la pedrezuela.

El organismo minado por los trabajos de antaño y el dolor del recuerdo de hoy, ya no resiste.

Un 29 de Noviembre de 1594, muere

la eterna y dulce voz del araucano

que dijera Pedro de Oña.

V I I.—ENVIO

Cuatrocientos años del nacimiento del poeta nos encuentran en este homenaje de hoy.

¿Qué se puede subrayar de lo que todos sabemos por haberlo aprendido cuando niños?

¿La grandeza de alma del poeta que ante la injusticia de la lucha se pone de parte del indio?

¿La exaltación de las virtudes de la raza?

¿El bautismo de gloria dado a nuestro pueblo?

El heroísmo con que los hombres de esta tierra defendían su suelo y su independencia; el vigor en los combates; la constancia con que sostenían la lucha, y ese desprecio sereno por la muerte y el martirio, los sabe el universo por boca del cantor de Arauco.

La raza, nuestra raza, ha nacido y crecido al arrullo del poema de Ercilla. Sus estrofas han sido su canción de cuna. Abuelos, padres, hijos las sintieron encantar su infancia.

A su canto maternal crecimos.

¿Qué tiene defectos? ¿Qué no es una obra perfecta?

Miremos dentro de nuestro corazón, y preguntémos, si para un hijo puede haber una madre que no sea bella.